

La Torre de Juan Abad a través de las cartas de Quevedo¹

Mercedes Sánchez Sánchez
Departamento de Banco de Datos
Real Academia Española

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 13, 2009, pp. 351-365]

Para Carolina, «emosionada»

Quevedo fue un prolífico escritor de cartas, un incansable corresponsal. Son muchas las cartas que han llegado a nosotros; sospechamos que muchísimas más ni siquiera le sobrevivieron, porque las cartas no se escribieron con interés de perdurar en el tiempo, lo que, por otro lado, les concede un estilo propio, lejos de lo literario; y además porque las circunstancias de su vida las hicieron desaparecer nada más ser recibidas.

Nuestras bibliotecas y archivos guardan cartas escritas por Quevedo al duque de Osuna, a sus amigos don Francisco de Oviedo y don Sancho de Sandoval, al duque de Medinaceli, al padre Pimentel y al padre Velázquez... conjuntos de cartas reunidas en torno a un corresponsal que descubren también la existencia de otras no conservadas. Aunque su intención fue la de llegar a un solo destinatario, la calidad del emisor desvió lo privado para convertirlo en público. Gracias a ello, la mayor parte de las cartas escritas por Quevedo han llegado a nosotros a través de copias de los originales. Casi todas, a excepción de las cartas que el escritor dirigió a don Sancho de Sandoval, su vecino en Beas de Segura, que se conservan autógrafas. En este epistolario vamos a centrar la mayor parte de esta comunicación. Aquí encontramos numerosos testimonios, piezas del paisaje y del paisanaje de La Torre de Juan Abad en el siglo XVII.

Sancho de Sandoval había nacido en Beas de Segura; era caballero de la orden de Calatrava. Estaba casado con doña Leonor de Bedoya Bozmediano, también natural de Beas. Debía sentirse orgulloso de su

¹ Este trabajo fue presentado en el *II Congreso Internacional «Francisco de Quevedo desde Torre de Juan Abad. Los paisajes de Quevedo»*, celebrado en Torre de Juan Abad los días 5 y 6 de septiembre de 2008.

relación epistolar con tan afamado escritor, que tan buenas relaciones mantenía con la Corte. Las cartas de Quevedo aplacaban con sus noticias el interés por mantenerse informado del momento histórico que le había tocado vivir; su apellido, Sandoval, le relacionaba con el clan Lerma, recientemente alejado de la corte con la llegada al poder del conde-duque de Olivares, y le sitúa en el círculo de amistades y relaciones de Quevedo, aquellos nobles e hidalgos descontentos con la política del valido. Quevedo era, además, su familiar político, más o menos lejano, porque doña Leonor de Bedoya, los Bedoyas, y los Quevedos procedían de la Montaña santanderina, nobleza antigua de Castilla.

En estas cartas asistimos, de la mano de Quevedo a la vida cotidiana en la España rural del siglo XVII; nos asombra una de sus características: el interés por la información, por recibirla y por enviarla, y la tremenda actividad epistolar que ello suponía, a través de la estafeta, de propios o de viajeros ocasionales. Las líneas de estas cartas discurren por la guerra con Francia, el motín de Évora o las revueltas de los catalanes, pero también por pozos de nieve, aceite, posturas de durazno...

Vemos las preocupaciones por la marcha de los acontecimientos históricos que dibujaron el posterior desmembramiento de aquel poderoso reino que se desmorona durante los últimos años de la vida de Quevedo. Somos testigos de las levas de soldados en tierras manchegas y, a la vez, del paso de tigres y alfombras lujosas para el adorno del Buen Retiro, los divertimentos reales y la miseria de los manchegos, bautizos de infantas, bodas de nobles y sucesos en Palacio, la caída del conde-duque, la llegada del nuevo valido, las esperanzas en el príncipe Baltasar Carlos: todo se narra en estas cartas.

Pero nos descubren además a un hombre de cincuenta y cuatro años retirado en su señorío, harto de las veleidades cortesanas y profundamente preocupado por las noticias que logra conseguir a través de viajeros, amigos y corresponsales, pero, además, inmerso en sus quehaceres cotidianos. Son testimonio, también, de la evolución de un escritor casi exclusivamente dedicado a redactar obras serias, alejado de aquella imagen de escritor festivo cuya pluma, en ocasiones, no puede y no quiere detener.

Las cartas comienzan el 14 de enero de 1635 y finalizan un mes escaso antes de la muerte de Quevedo. Es en estas cartas, sobre todo, en las que Quevedo habla de La Torre de Juan Abad. A ellas vamos a remitirnos continuamente, porque no vamos a revolver ahora el problema del señorío, de los interminables pleitos... no. Vamos a ver a Quevedo en La Torre de Juan Abad. Y La Torre de Juan Abad a través de las cartas de Quevedo.

Los primeros días de 1635 sorprendieron a los habitantes de La Mancha con fuertes lluvias y vientos. En La Torre de Juan Abad, Quevedo se apresura a cambiar sus libros de estancia para que no se estropeen con la humedad. Se queja don Francisco, que acaba de llegar de

Madrid, del mal tiempo, que le ha desbaratado su casa, por lo que ha tenido que trasladar sus libros de un lugar a otro, huyendo de las goteras.

Yo, en esta ventilla, me he visto anegado, porque habrá ocho días que un aire mal repúblico² empedró las calles deste lugar con los tejados, y yo anduve con mis libros a cuestras.

Y es que, como recuerda su primer biógrafo, Pablo de Tarsia,

Saliendo de la Corte para ir a la Torre de Juan Abad o a otra parte, y en todos los viajes que se le ofreciero[n], llevaba un museo³ portátil de más de cien tomos de libros de letra menuda [...] Fue tan aficionado a los libros, que apenas salía alguno cuando luego le compraba⁴.

Unos días después recibió regalos de su amigo; don Sancho le había enviado aceite y otras delicias. El envío de don Sancho de Sandoval ha sido copioso y Quevedo da rienda suelta a su pluma de escritor festivo. Agradece —a través de la hiperbolización exagerada, como en su obra más festiva— el aceite enviado por don Sancho.

No quiere vuestra merced que me pierda por falta de aceite, como las vírgenes locas. Yo quedo de manera ungido por su liberalidad de vuestra merced que puedo temer visitas de lechuzas. He dado grande alegrón a los candiles y ensaladas. Yo beso a vuestra merced las manos por el regalo, que es muy grande. Con aceitunas, higos y granadas, hame descuidado vuestra merced la solicitud de la golosina y de la sazón, y poblado mi hambre. Aquí viene bien el «sea por amor de Dios», que es el agradecimiento de los pobres.

Quevedo narra anécdotas de la vida cotidiana en La Torre, como cierta pendencia ocurrida entre un tal Lesmes Churrillo que, para deshacerse de cierta mercancía de oscura procedencia, la cambiaba por almuerzos a los niños de la escuela, hasta que el padre de uno de ellos reaccionó a palos. Después se queja del mal tiempo, las constantes lluvias que le hacen «escupir ranas», y le impiden salir para arreglar sus negocios; pero, de pronto, aparece el escritor solemne: el negocio más importante ahora, para él, es vivir con respecto al cuerpo, y vivir bien con respecto al alma.

También puede enviar Quevedo desde La Torre algunas minucias; el duque de Medinaceli le había encargado perros de caza y ya se ha encargado de ello:

² *Mal repúblico*: mal ciudadano, mal convecino.

³ *Covarrubias* define *museo* como «lugar consagrado a las musas», y *Autoridades* «el lugar destinado para el estudio de las ciencias, letras humanas y artes liberales».

⁴ Tarsia, *Vida*, pp. 34-35. Añade Tarsia que el escritor llegó a poseer más de cinco mil volúmenes, aunque tras su muerte no aparecieron más que unos dos mil. Sobre la biblioteca de Quevedo puede verse Maldonado, 1975, p. 414.

Hame inviado a pedir sabuesos y téngole ya comprados dos famosos⁵, uno de suelta y otro de trahilla⁶, y estoy disponiendo el remitírselos con otras zarrandajas desta tierra.

Y aquí es donde encontramos a Quevedo construyendo un pozo de nieve que le roba parte de su tiempo:

En dejando la escarpela me voy a ver fabricar el pozo de nieve que hago aquí —que ha de ser obra pía, por su dinero—, a los caminantes deste viaje.

Debía estar especialmente chistoso ese día Quevedo. Firma, con una nota: «La Torre, que es fecha de tordo⁷, hoy jueves 19 de enero 1635».

Entre el 19 de enero y el 12 de febrero don Sancho escribe a Quevedo; ambos han recibido dos importantes avisos: uno, del gobernador de Villanueva de los Infantes, para que participe económicamente en la guerra. Otro del Presidente del Consejo de Órdenes, don Juan de Chaves, en el que confirma la orden del gobernador, ya que Sandoval y Quevedo, como caballeros de órdenes militares, estaban bajo su jurisdicción. Cuando don Sancho recibe estas cartas se apresura a escribir a Quevedo y remitirle, para su revisión, las dos respuestas que ha redactado. Don Francisco se las reescribe, «con fineza y confianza de amigo».

La carta es especialmente confidencial, y pide el escritor a su amigo que la queme inmediatamente.

Nada más recibir la orden del Presidente reunió don Francisco al ayuntamiento de la villa para que redactara un escrito formal que certificara que el dinero que le debían y con el que podría obedecer a su petición no llegaba nunca a sus manos, debido a que los mismos vecinos estaban exhaustos por los tributos y donativos a los que ya habían obedecido: es decir, Quevedo dice es la propia política del conde-duque la que impide colaborar con ella.

Los vecinos de La Torre no podían pagar, aunque se reconocían deudores de diez mil ducados y Quevedo por su parte no tenía con qué obedecer al mandato del presidente. Así, copia para don Sancho la carta enviada a don Juan de Chaves en la que se disculpa por no poder colaborar; le remite, además, el informe redactado por el ayuntamiento de la villa.

Luego que recibí la orden del Presidente, mandé llamar al ayuntamiento; diles noticia de lo que se me ordenaba y del deseo que tenía de servir a Su Majestad con cuanto lucimiento me fuese posible; que ya sabían me era deudora esta villa de diez mil ducados, que diesen orden de pagármelos, y si para esto hubiesen menester arbitrios, los propusiesen, que yo iría a facilitarlos, y que a todo me respondiesen por ante escribano y por ayuntamiento. Juntáronse, y la respuesta fue que confesaban deberme dicha cantidad atrasada, empero que con los tributos, donativos y imposiciones, la villa estaba tan acabada que no podían pagarme las restas corrientes, y que les era imposible dar-

⁵ *Famoso*: en el sentido de ‘cosa buena y perfecta’.

⁶ Dos perros de fino olfato usados para la caza, uno de ellos va por libre y el otro atado.

⁷ El tordo anida en las torres de la iglesias.

me un maravedí por lo que se me debía, y que no tenían sobre qué poder arbitrar. Remité este testimonio al señor Presidente en pliego⁸ del gobernador.

En efecto, el documento del ayuntamiento se encuentra en el Archivo Municipal de La Torre. Acaba de publicarse un fragmento en la obra de José M.^a Lozano Cabezuelo⁹:

El 28 de enero se sentó un decreto en La Torre de Juan Abad, «estando juntos en Ayuntamiento como se suelen juntar para tratar las cosas de los servicios de su majestad, el señor don Francisco de Quevedo hizo demostración de una carta la cual dijo ser del servicio de su majestad y que por ella se da cuenta cómo su majestad le manda como caballero acuda a su real servicio en esta presente ocasión de guerra en que su majestad se cree saldrá por su persona a dicha guerra por tocalle el ir por su persona conforme a la calidad y llevar otras en su compañía además de sus criados [...] y por hallarse de presente desapercibido de dinero requirió a dicho ayuntamiento se le haga pago de más cantidad de setenta mil reales que se le deben [...] y visto por el dicho ayuntamiento dijeron que como consta a dicho señor don Francisco esta villa está muy pobre y no tiene de presente de qué podelle hacer el dicho pago [...] por la esterilidad de los tiempos y ganados y falta de los frutos de los propios [...] y esto respondieron, decretaron y firmaron».

La guerra, dice Quevedo a Sandoval, hace estimar a las personas por su valor, y si el rey acude a ella podrá realizar las consultas a los Consejos con su propio criterio y no a través de lo que quiera contar Asperilla, mote con el que Quevedo, el duque de Medinaceli y Sandoval se refieren al conde-duque:

que la guerra hace estimar las personas por su valor, y yendo Su Majestad, si fuere, habrá menos Asperilla y más don Felipe, y los ojos de Su Majestad serán secretarios, y hará las consultas sin relaciones...

Quevedo promete ir a visitar enseguida a su amigo, y, como en tantas otras ocasiones, asoma la pluma de escritor festivo para disculpar su tardanza. El frío no le permite viajar, esperará a que el sol recuerde su oficio y que ilumine los días, que hasta los candiles sudan por exceso de trabajo. No para de llover, y el camino embarrado de La Torre a Beas es intransitable.

Pero no solo puede ser testigo de episodios desagradables. También puede ver al duque de Veraguas, que, como le dice a Sancho, pasó por La Torre a principios de marzo de 1635, llamado por Su Majestad. Se trataba de un descendiente directo de Cristóbal Colón, Álvaro Jacinto Colón de Portugal, el quinto duque de Veraguas, que moriría al año siguiente.

Después le dice que se va a marchar a Madrid y calcula la vuelta para quince días después:

⁸ *Pliego*: «Por extensión se llama el envoltorio o cúmulo de cartas cerradas debajo de una cubierta. Y también se suele llamar así, aunque no sea más de una carta» (*Autoridades*).

⁹ Lozano, 2007, p. 70.

Yo, siendo Dios servido, seré aquí de vuelta dentro de quince días y, ya con las golondrinas por fiadores¹⁰, podremos andarnos por esta tierra y por esa; y créame vuestra merced que aquí se vive uno para sí mismo todo el día, y en Madrid ni para sí ni para otro¹¹.

A mediados de noviembre Quevedo está de vuelta en La Torre. Ahora no llueve, al contrario, hace sol, pero tampoco le parece la mejor ocasión para visitar a Sandoval:

Yo vine con deseo de ir a besar a vuestra merced las manos y cumplir con mis obligaciones, lo que haré luego que el tiempo dé lugar, que no atrevo la salud a sol de julio en noviembre.

Quince días después vuelve Quevedo a disculparse por no haberse encontrado con su correspondiente; desde luego, pareciera que realmente evitaba el encuentro. Las razones no son ahora meteorológicas: está esperando un importante despacho que le envía desde la Corte don Juan de Isasi, el maestro del príncipe Baltasar Carlos.

Por otro lado, sus relaciones con los vecinos de La Torre no han mejorado; sigue sin cobrar nada:

a plazos y a cumplidos no cobro sino enfermedades, de las voces y cóleras que me ocasionan los deudores.

El propio de Sandoval le dejó también un montón de regalos: aceitunas, higos, granadas... con lo que don Francisco podrá incluso invitar a terceros; él no puede responder igual, pero sí le envía un barril que había sido propiedad de la duquesa de Medinaceli, para que doña Leonor lo coloque en la huerta, y mantener así fresca el agua. El barro de la tinaja tiene ya, de por sí cualidades especiales:

En tanto¹², me he hallado ese barril¹³, que el año pasado, como va, me le envió mi señora la duquesa de Medinaceli; él es más propio para que mi señora doña Leonor le lleve a la huerta, que para estar so el poder¹⁴ de un sayagués¹⁵; vuestra merced le apadrine, que el haber sido de tal dueño le dispone para que vaya decente. El barro es tierra sigilada y piedra bezoar¹⁶, que para la salud y el olor son prerrogativas.

También Quevedo, nos lo dice su primer biógrafo, conocía las buenas cualidades de plantas y piedras:

¹⁰ Es decir, con la primavera ya entrada.

¹¹ Quevedo manifiesta a lo largo de este corpus epistolar su deseo de no permanecer en Madrid más tiempo del que sus obligaciones —entre otras, la de agente del duque de Medinaceli—, le requieran.

¹² *En tanto*: entre tanto, mientras.

¹³ *Barril*: era un tipo de vasija grande a modo de depósito de agua que tenían los trabajadores del campo para beber.

¹⁴ *So*: bajo

¹⁵ *Sayagués*: toscos, groseros.

¹⁶ *El barro es tierra sigilada y piedra bezoar*: en su hipérbole, Quevedo pondera las propiedades del barril (fabricado en *barro*) que perteneció a la duquesa de Medinaceli; tierra sigilada y piedra bezoar deben entenderse como atributos.

Demás del conocimiento que tuvo de lenguas, fue versadísimo casi en todas facultades y ciencias [...] con noticia muy individual de las propiedades de yerbas, aguas, piedras, metales y otros minerales¹⁷.

Pasada la primera mitad de enero de 1636, comunica, entre apenado y escéptico, las dos cosas que más le preocupan: el rumor de la muerte en Flandes del duque de Lerma y la detención de su amigo Juan de Herrera. Todo ello le lleva a una clara reflexión sobre su vida en La Torre:

bueno es, señor don Sancho, vivir en estas chozas, vuestra merced atendiendo a la hacienda y yo a acabar un pozo de nieve que en buen sitio traigo en buen estado.

Tres días después envía un criado con una carta a don Sancho para que le haga entrega de brotes de algunos productos, porque está convirtiendo un corral abandonado en un huerto: quiere laurel, olivo, peras bergamotas, ciruelas de fraile y también de unas peras que le ha dicho don Alonso, el secretario del duque de Medina Sidonia, son deliciosas.

Desde su señorío, en el camino real, Quevedo ve pasar un carro con la mercancía que, procedente de Sevilla, se dirigía a la Corte, mercancía que traía productos de la flota de Indias, desde Perú. Es el IV conde de Chinchón quien envía tres tigres, alfombras y tapices, todo con destino a la ornamentación del Palacio del Buen Retiro.

Ya empieza a pasar por aquí gente de la flota. Lo primero ha sido un carro con tres tigres y alfombras ricas de la China y colgaduras para el Buen Retiro que envía desde el Perú el conde de Chinchón¹⁸, Dios le guarde. Los tigres se van comiendo unos a otros, y el comisario es el verdadero tigre; anda tres leguas en doce días y aquí ha estado tres dándose a tigres¹⁹.

Los tigres, las colgaduras y las alfombras parecen venir de la China; no era exactamente así. En un espléndido artículo, Mario Hernández²⁰ glosa este pequeño párrafo y detalla lo que los españoles de la época entendían por China: Manila. China era Manila y Manila era China. No habrían de ser por tanto tigres asiáticos, rayados, sino los tigres americanos, moteados: los jaguares. Los tigres irían a parar a la leonera que el conde-duque de Olivares construía en el Palacio del Buen Retiro; y las alfombras de la China vendrían de un telar persa o turco, alfombras, colgaduras y otras mercancías que llegaban a Manila en barcos portugueses. La flota de Manila llegaba a Acapulco y la mercancía iba a parar a Panamá y el Callao, donde se unían también la plata peruana y la mexicana; el resto de la mercancía continuaba viaje interior hacia

¹⁷ Ver Tarsia, *Vida*, p. 21.

¹⁸ Luis Jerónimo Fernández de Cabrera y Bobadilla, IV conde de Chinchón, virrey de Perú hasta 1640.

¹⁹ El comisario va demasiado lento en su viaje hacia la Corte, *anda tres leguas en doce días*, entreteniéndose por el camino. Se detiene en La Torre durante tres días «devorando» todo como un tigre, abusando de su cargo. Juega Quevedo con el modismo *darse a perros*, irritarse, enfadarse, para referirse al carácter aprovechado del comisario.

²⁰ Hernández, 2000.

México, La Habana, Sevilla y Madrid. La plata del Perú llegaba también a Panamá y se conducía a Portobelo, donde seguramente se embarcaron las alfombras, colgaduras y los tigres que no llegarían a su destino. Murieron, antes de llegar a Madrid, víctimas de una fuerte helada.

Ese 25 de enero pasa también por La Torre un viejo conocido de Quevedo, Diego Zapata de Cárdenas, marqués de la Flor. Dice Quevedo que ya, a falta de lugares, hay marqueses de Ramillete y de Legumbres. Se trata, en realidad, del marqués de Santo Floro, a quien conoce Quevedo de su etapa siciliana con el duque de Osuna. Don Diego pasa por La Torre camino a América, donde ha conseguido ser gobernador y capitán general de Yucatán, pese a su edad. El rey le había nombrado en octubre del año anterior. Dice Quevedo que cuando le conoció en Sicilia ya tenía 58 años:

Vea vuestra merced cuál gobierno tendrá quien piensa llegar con esta edad, no digo yo a Campeche, sino a Sevilla²¹.

En abril escribe a Sancho y le informa, entre otras cosas, de que pasó en cama la Semana Santa por una fuerte infección provocada al cortarse un callo. En su reposo recibió la visita del conde de Cabra, que, de camino a la Corte, decidió visitar al escritor:

Yo estuve toda la Semana Santa y Pascua en la cama, de un callo que me corté, de que me resultó grande dolor en un pie y dél calenturas. Ya, gloria a Dios, estoy bueno y en pie.

El martes santo estuvo aquí el conde de Cabra²². Iba llamado a Madrid para que fuese a defender tierra de Murcia y Cartagena. Supo que yo estaba en la cama, vino a verme y estuvo conmigo tres horas, y aquella noche le dieron cámaras de sangre con una gran calentura, con que se volvió a Cabra, con harto cuidado, y yo quedé con él.

Los meses siguientes los pasa en Madrid; en noviembre vuelve a estar en La Torre, con gusto:

Yo salí ya de Madrid con sufragios como de penas²³. Dirá vuestra merced que este lenguaje es de fastidio, de harto de la Corte, y de verdad así hablara el mismo día que llegué. Quedo en esta su casa de vuestra merced molido del peor camino y tiempo que ha padecido nadie. Vine en coche en seis días, caminando, sin dormir ni comer, tan anegado como si viniera nadando.

²¹ Fue consejero de Indias. Quevedo se burla de la vejez de don Diego, que considera impedimento para llegar hasta Sevilla, cuanto más a Campeche, en el actual México, al sur de la península del Yucatán.

²² Don Luis Fernández de Córdoba, Cardona y Aragón, VI duque de Cabra y VI duque de Sessa, muerto en 1642. Es el mecenas de Lope de Vega, que encuadernó y guardó celosamente las cartas del dramaturgo, como Sancho de Sandoval o el duque de Medinaceli hicieron con las de Quevedo.

²³ *Sufragios como de penas*: Quevedo se queja de su estancia en la Corte —lo señala a continuación— diciendo que ha padecido tanto allí que le servirá de penitencia adelantada. Sus quejas sobre los viajes a Madrid son también tema que comparte con el duque de Medinaceli.

Y de nuevo Quevedo recibe visitas que le honran y de las que presume. Esta vez no ha coincidido con ella, pues habla Quevedo de ocho o diez días atrás, en los que el cardenal de Borja descansó con su séquito en casa del escritor. Había salido de la Corte el 18 de octubre; lo recoge una *Relación* de la época:

Día de San Lucas salió desta Corte, para su arzobispado el eminentísimo señor cardenal de Borja, con tiempo muy lluvioso, que se continuó por más de 30 días, y llegó su eminencia con salud a Sevilla.

Se detuvo, según sabemos por estas cartas, en casa de Quevedo, en La Torre de Juan Abad. En aquellos días acertó también a pasar por allí un criado de la duquesa de Cardona para avisar de la visita de su señora, camino de la Corte. Quevedo enseguida manda que se prepare su acomodo, para ella y para su séquito. Pero era tan grande el número de personas que acompañaban al cardenal, que tuvo que aposentarse la duquesa en Villamanrique. De alguna manera, Quevedo se disculpa por no haber podido dar posada a la duquesa. El mismo día que don Francisco salió de Madrid, entraba la duquesa, a quien fue a recibir el duque de Lerma, el marqués de Povar y el futuro valido, don Luis de Haro. Lujos, despilfarro que contrasta de forma terrible con la situación que se vive en La Torre; así se lo cuenta al duque de Medinaceli el 24 de noviembre:

Aquí hace t[iem]po ciego, que es menester luces a medio día. Ni han sembrado, ni pueden, ni hay pan, los más le comen de cebada y centeno. Cada día traemos pobres muertos de los caminos, de hambre y desnudez. La miseria es universal y ultimada.

En diciembre el tiempo no ha mejorado:

Yo escribo anegado en el lugar y en casa, y sin saber que hay luz. Solía ser desconsuelo grande no ver el cielo con las nubes; hoy aún las nubes no vemos con las nieblas...

Ahora acaba de llegar aquí un coche de Madrid en 27 días, habiéndosele ahogado dos mulas.

Definitivamente, todo el invierno y especialmente el mes de diciembre fueron horribos; dice Quevedo el 28 de diciembre:

Yo, señor, tengo anegada la cueva de esta casilla, y a mes y medio que no he salido sino a oír misa los días de fiesta, nadando. Escríbenme de Madrid ruinas de muchas casas y mucha gente ahogada. Aquí llegó ayer un hidalgo de Cáceres, de Adán, por haberle desnudado Guadalén²⁴ y ahogádole la mula y hurtádole la maleta.

Los primeros meses de 1637 Quevedo marcha a Madrid, llamado por el duque de Medinaceli. Pero desea enseguida volver a La Torre:

²⁴ Río que cruza al occidente el término de La Torre de Juan Abad; a veces asoma en los poemas quevedianos.

Yo deseo con toda la alma salir de aquí y irme a ese rincón, de donde en pocas horas podré irme a esa villa, cosa que tanto he deseado y espero en Dios tendré presto este contento.

El 23 de diciembre está de nuevo en La Torre. Después de Madrid hubo de dirigirse a Cogolludo, al palacio del duque de Medinaceli, para reponerse de cierto contratiempo en su salud:

Yo estuve en Cogolludo muy malo y, con no curarme, sané de las calenturas, empero desde mayo hasta octubre quedé tullido rematado. Con salir de Madrid y estar en este yermo he dejado ya la muletilla y me voy restaurando, que aquí no me corro de hacer pinitos ni de andar a trompicones.

El 12 de abril de 1638, escribe Quevedo una larga carta en la que aparecen por La Torre de Juan Abad dos curiosos personajes, inmortalizados para siempre por la pluma de Quevedo. Quevedo relata las pendencias de cierto personaje al que llama el «embustero» para avisar de una posible estafa a Sandoval; pero da la impresión de que es un conocido de los dos. El embustero llevaba una maleta con hábitos de todas las órdenes militares y puesto uno de Alcántara. Llegó a La Torre y se hizo pasar por hermano de la gobernadora; preguntó también por la llegada de sus inexistentes criados, pero achacó su ausencia a que le habrían entendido mal, así que prefirió descansar sin ellos y seguir camino al día siguiente. Preguntó por su «amigo» Quevedo en la venta, para dar veracidad a su persona, evidentemente, así que pidió al ventero que no le dijera nada porque ya le visitaría a la vuelta. Intentó vender al mesonero cebada a la tasa que libraría en Villanueva, pero había de adelantarle cien reales. El ventero se salvó por su desconfianza; pero el pícaro consiguió finalmente los cien reales en Villacarrillo, donde se encontró con unos vecinos de La Torre y de Cózar. Allí dejó una carta para su «hermano» Francisco que firmaba «don Diego Quevedo». Fue suficiente garantía para fiar los cien reales de marras hasta que un tal don Jacinto de Villanueva del Arzobispo les librara la cebada. Por supuesto, don Jacinto no tenía ni cebada ni idea de lo que le decían. La carta llegó, en efecto, a manos de don Francisco, que comprobó el impecable sobreescrito y firma. No dejamos de señalar cierta simpatía hacia el personaje en la relación de Quevedo: la historieta, insertada en la carta, es obra de un escritor:

El «embustero» es el más superlativo que se ha visto. Él lleva una maleta atestada de hábitos de Santiago, Calatrava, y Alcántara, Abis, Montesa, Cris-tus, de San Esteban de Florencia, de San Miguel de Francia, de San Juan de la Nunciata, de Saboya y de San Antón. Y en cada lugar es diferente caballero, diferente nombre y apellido y pariente, con diferentes cargos y ocasiones de viaje. Los criados siempre van adelante o a negocio, y él siempre sólo. En todos los lugares va vendiendo trigo y cebada a la tasa, que libra en los que deja atrás seis o ocho leguas, porque haya tiempo para desaparecerse.

Síguese a su descripción la historia. Aquí llegó sólo, en su mula, con su fardo de hábitos, y puesto uno de Alcántara. Dijo era hermano de la señora gobernadora de Villanueva; llamábase don Pedro Sarmiento, que iba con unas pruebas a Córdoba. Preguntó por sus criados; dijéronle no habían llegado.

«No es eso —dijo—. Yo dije había de pasar a la venta, y estarán allá; mas yo no pienso cansarme; aguarden los pícaros»²⁵. Mandó al huésped diese recado a su mula²⁶. Fajose la cara con una bigotera²⁷; preguntó si estaba yo en el lugar, dijéronle que sí y dijo: «Es gran caballero. Harto se holgara de verme; mas, huésped, chito²⁸, y perdone el amigo hasta la vuelta, que vendré con mi gente». Preguntó: «¿A cómo pesa la cebada?» Dijo el mesonero que a 15 reales, y no se hallaba. Y él luego: «Algo le ha de valer ser yo su huésped. Si quiere treinta fanegas yo le daré libranza de ellas en Villanueva. Darne a cien reales y lo demás al que le dará mi cebada a la tasa». El mesonero es prieto²⁹, y respondió: «Más necesidad tengo de que vuestra merced me pague la que comerá la mula y la cama que de otra cosa». Con esto, pagó y se fue.

En Villacarrillo, en el mesón, topó unos hombres de aquí y de Cózar³⁰. Preguntóles de dónde eran; dijeron: «De La Torre». Y replicó: «Allí está mi hermano, don Francisco de Quevedo; allá he de ir desde aquí». Convidóles con cebada a la tasa si le daban cien reales. Diéronselos, y dioles una libranza en un don Jacinto, de Villanueva del Arzobispo, y una carta para mí; fueron a Villanueva del Arzobispo³¹ y el don Jacinto los desengañó. Trujéronme mi carta; el sobreescrito: a don Francisco de Quevedo Villegas, mi hermano, etts. La carta, preciosísima, y firmaba: don Diego de Quevedo Villegas. Queda vuestra merced informado de las andanzas del pringón³².

Tras la firma, antes de enviar la carta, vuelve a aparecer la pluma del escritor para contar las andanzas de cierta alcahueta, la «santera», comparable al «embustero»; pero esta merece el calificativo de ladrona porque ha robado una capa y un paño en casa de una mujer que la acogió. Cuando fueron a pedirle cuentas dijo que se le habían aparecido tres personas que le indicaron el lugar exacto donde se encontraba el paño cuyo hurto le atribuían: estaba en las gradas de la Virgen. Allí lo hallaron, en efecto, con lo que intentó disculpar el robo. Además, vende el aceite de la lámpara y sirve de alcahueta para encuentros amorosos en la ermita entre pastores, mozas, pícaros y otros personajes de La Mancha. Quizás era conocida de don Sancho, porque Quevedo dice que la educaría si él se lo mandara, pero, afirma Quevedo, no hará nada; ésa parece ser la actitud que toman el vicario y el ayuntamiento; es bellísimo acudir, de la mano de Quevedo, a un episodio que forma parte de la cotidianeidad de aquella época.

²⁵ El entrecomillado es mío.

²⁶ Por huésped se entendía también al dueño de la posada o mesón. El «embustero» le pide al mesonero por tanto, que lleve la mula a la cuadra.

²⁷ Se ocultó parcialmente la cara envolviéndosela con la funda que servía para preservar los bigotes y mantenerlos tiesos, según la moda de la época; en los extremos la bigotera llevaba unas cintas que se ataban a las orejas para sujetarla.

²⁸ *Chito*: chitón, demanda de silencio.

²⁹ *Prieto*: desconfiado.

³⁰ Cózar se encuentra a medio camino entre Villanueva de los Infantes y La Torre de Juan Abad.

³¹ Al sur de Beas de Segura.

³² *Pringón*: «puerco, sucio» (*Autoridades*).

Aunque tarde, llego a la «santera». Digo, señor, que es lo mismo y peor que volver al «embustero». Ella es ladrona; aquí ha hurtado una capa a uno y el Jueves Santo un paño a una mujer que la recogió en su casa. Esto se averiguó de manera que, no pudiéndolo negar, dijo al clérigo que va a decir misa a la Vega: «Padre, esta noche se me aparecieron tres personas; no las conocí. Dijéronme: “Mujer, tú estás afligida por lo que no has hecho. El paño que te piden está en las gradas de la Virgen”. Vaya vuestra merced, señor licenciado, y vea si es así». Fue el clérigo y halló el paño en las gradas. Desto, mucho. El aceite de la lámpara le vende. No es nada esto: es alcahueta, y mujercillas de Cózar, y pastores, y pícaros destes lugares los junta en la ermita, cosa terrible. Si estuviera en mi casa por mandarlo vuestra merced, la tuviera y la enmendara, empero en un santuario como éste, me parece que vuestra merced será del parecer del vicario y ayuntamiento. Y dejo de decir otras cosas suyas personales.

Un mes después se encuentra Quevedo en Madrid; en la venta Quedada, de camino a la Corte, recibe la mala noticia de la repentina y grave enfermedad de don Alonso, y solicita a don Sancho que le informe de cómo se encuentra. Confiesa sus temores: si ha fallecido el amigo, le suplica que recupere de entre sus papeles todo aquello escrito por él, en particular dos obras de las que no tiene copia y que se encontraban en sus manos: la *Vida de Marco Bruto* y las *Locuras de Orlando*.

En las cartas siguientes vemos cómo se confirma la muerte de don Alonso y cómo comienza una terrible preocupación para Quevedo: localizar los papeles que tenía don Alonso. Quevedo busca sus papeles por Madrid, a través de Pedro Pretel, que parece ser quien los tiene en sus manos. No los localiza.

Este archivo, el de don Alonso, fue, en efecto, retenido. Embargado. Lo sabemos porque en el conjunto de papeles se encontraba la copia única del *Marco Bruto*, y en su dedicatoria, ya en 1644, dice Quevedo:

Este libro tenía escrito ocho antes de mi prisión; quedó con los demás papeles míos embargados, y fueme restituído en mi libertad. Nada de lo que es mío tiene algún precio: en todo mi propia ignorancia me sirve de penitencia.

Ahora, un año antes de su prisión, los busca por Madrid, vuelve a La Torre tras ellos... pero nada. En mayo no los ha localizado aún y en diciembre está en La Torre, dispuesto a marcharse de nuevo a Madrid. Pese a sus planes, Quevedo aún se encuentra en La Torre a mediados de enero de 1639. Quizás, consciente del peligro que podía correr si los papeles han llegado a manos extrañas, retrasa su llegada a la Corte.

En el año previo a la detención de Quevedo no llegan a manos del cuidadoso Sandoval un total de cinco cartas. Yo creo que sospecha don Francisco que la pérdida no es casual, y que podrían llegar a leer sus cartas otros y no don Sancho, ni un público «controlado», porque esta carta tiene líneas ambiguas; unas veces despreocupado, otras angustiado, con palabras de admiración al conde-duque.

Su Majestad, con estar acometido de Francia en todas partes por mar y por tierra, atiende a todo con tanto valor, asistido del desvelo del señor conde-duque, que nos quita el miedo de todos.

¿A qué viene, de pronto, esa admiración hacia esa colaboración que tiempo atrás deseaba que fuera «menos Asperilla y más don Felipe»? El caso es que inmediatamente advierte a Sancho de que «si hubiere aprieto o novedad repentina, que podría ser, daré a V.M. aviso para que prevenida lo que le tocara». Parece asustado y confía en que «si Dios nos diere sosiego y libertad» acompañará a don Sancho a la Casa de Campo, en Madrid. La familia del duque de Lerma —los Sandoval— poseían la alcaldía perpetua de esas instalaciones.

Esta es la última carta que escribe Quevedo a Sandoval desde La Torre antes de la prisión. No volverá hasta el 1 de noviembre de 1644, cinco años más tarde; unos días después escribe a Sancho:

Por la prisa del portador habré de contentarme con decir a vuestra merced cómo llegué a esta villa el primer día deste mes, tan falto de salud que no parecía que vivía sino para verme muerto.

El 14 de noviembre vuelve a escribir a Sancho; se va restituyendo, pero sabe que su cuerpo ha padecido heridas ya incurables:

Pregúntame vuestra merced cuál es mi enfermedad. Más fácil me sería cuál no lo es: después de cuatro años de prisión, estudiada por el odio y la venganza del poder sumo, en un aposento cerrado por de fuera dos años, sin criado ni comercio humano y un río por cabecera³³, en tierra donde todo el año es hivierno rigurosísimo ¿qué he podido atesorar sino muerte y hallarme con el cuerpo inhabitable, a quien ya soy huésped molesto? Con todo, me siento cada día mejor aquí, con la quietud, el ocio y el regalo de la caza, como quiera siempre de vuestra merced, como debo por obligación y afición.

A Francisco de Oviedo, el mismo día, se le ofrece un poco más animoso. Incluso ha hecho matanza:

Lo que de nuevo hay por acá es que yo he muerto dos puercas y entre chicharrones, morcillas y longanizas estoy preparando la mejor ortografía de las ollas.

El día 21 de noviembre, se siente mejor. Las cartas se parecen a las primeras, con agradecimiento a don Sancho por los regalos recibidos:

Vuestra merced no ha medido el regalo tan grande que me ha hecho con esta casa, porque en toda ella no cabe ni podré encarecer a vuestra merced la estimación que hago del aceite y la alegría que me han causado las granadas y la demás fruta. Dios me guarde a vuestra merced, que tanto alienta mi descayecimiento³⁴.

Yo, señor, voy algo mejor cada día y me son medicina la soledad y el ocio, que me descansan de lo mucho que padecía en Madrid, y esta tierra es más clemente y bien acondicionada el hivierno.

³³ El río Bernesca.

³⁴ Decaimiento.

Mientras tanto ha recibido la visita del duque de Sessa. La visita duró tres horas y departieron sobre el estado de salud de don Francisco — «le afligió verme tan disfigurado en toda mi persona»— y la irremediable situación de España, que le llevan al comentario sarcástico con el duque: «a Madrid, según estaban hoy las cosas, no se había de ir a discurrir, sino a [a]diuinar».

El 22 de mayo echa de menos noticias, contactos. Le dice a Oviedo que le cuente cosas de Madrid:

Duélase Vmd. de mi desamparo, y sírvase de avisarme de lo que por allá corriere, que aquí no salimos de arar y cavar.

Ya el 18 de diciembre, en una carta al hijo de don Sancho a Juan de Sandoval, sigue quejándose del frío:

Yo, señor, por la rabia del hivierno —que es terrible, con hielos y nieve— sin apartarme de la chiminea me quemo y no me caliento, y como mi salud es muy poca y los achaques molestos y porfiados, verdaderamente parece que solo vivo para verme muerto³⁵.

Con Francisco de Oviedo es más concreto:

Yo he pasado los Alpes muchas veces y los Pirineos cuando ellos mismos no pueden sufrir la nieve ni el hielo y no he padecido tan rabiosa destemplanza de frío como padezco en este lugar. Hase hecho en los campos y en las calles que todo es uno unas rimas de nieve sobre hielo y de hielo sobre nieve que tienen la vida de los hombres aterida y hacen tiritar a las mismas ascuas. Considere Vmd cual estará este esqueleto.

El 24 de diciembre escribe por última vez a Sancho de Sandoval desde La Torre:

Beso a vuestra merced su mano por el regalo y medicina de las ciruelas pasas que, cocidas con miel y agua como vuestra merced me advirtió, me han dado hoy la vida.

El 14 de enero de 1645 Quevedo comunica a don Sancho que se encuentra alojado en casa del correo mayor, en Villanueva de los Infantes enfrente de la casa de don Florencio de Vera, que es quien le asiste en los últimos meses de su vida. Qué distinta a la carta escrita justo diez años antes, al comienzo de este epistolario. En Villanueva ha encontrado médicos y medicinas que le hacen sentir cada día mejor:

Diez días a que estoy en Villanueva de los Infantes, excelentemente alojado en casa del correo mayor, enfrente del vicario³⁶. He vuelto mucho en mí con la asistencia y buena compañía y con haberme hecho algunos medicamentos que me son de mucho alivio.

³⁵ Quevedo utiliza esta misma expresión en la carta del 9 de noviembre de este año, «no parecía que vivía sino para verme muerto».

³⁶ El cargo de correo mayor del Campo de Montiel lo había ostentado el maestro Jiménez Patón hasta su muerte, en 1640. El vicario es don Florencio de Vera, uno de sus amigos más allegados y albacea testamentario.

Nunca más volverá a La Torre de Juan Abad, ni vuelve, en sus cartas, a hablar de su señorío. Confiaba en volver, desde luego. Murió el 8 de septiembre de 1645, en Villanueva de los Infantes.

BIBLIOGRAFÍA

- Hernández, Mario, «Tigres de la India, tigres de las Indias, alfombras y colgaduras de la China (Darío, Borges, Quevedo)», *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, 26, 2000, pp. 35-62.
- Lozano Cabezuelo, J. M., *Francisco de Quevedo desde La Torre de Juan Abad*, Torre de Juan Abad, Ayuntamiento de Torre de Juan Abad-Fundación Francisco de Quevedo, 2007.
- Maldonado, F.R.C., «Algunos datos sobre la composición y dispersión de la biblioteca de Quevedo», en *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez-Moñino, 1910-1970*, Madrid, Castalia, 1975., pp. 405-428.
- Tarsia, P. A. de, *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas... (1663)*, ed. M. Prieto Santiago, prolog. F. Pedraza, Aranjuez, Ara Iovis, 1988.

